

Perfil de Antonio Llorente Maldonado de Guevara

TOMÁS BUESA OLIVER
Universidad de Zaragoza

Ha sido una buena idea por parte de los responsables del *Archivo de Filología Aragonesa* acoger en las páginas de esta revista el merecido y emotivo homenaje que los amigos y colegas zaragozanos le ofrecemos al catedrático emérito salmantino Antonio Llorente Maldonado de Guevara, cuyo inesperado fallecimiento le sobrevino el 21 de agosto de 1998, cuando paseaba por su querido campo charro de Sagos. Tan amarga pérdida se une a la sensible desaparición de una pléyade de otros prestigiosos colegas y amigos, ocurrida en los últimos años: el catedrático ovetense Emilio Alarcos Llorach, el salmantino Eugenio de Bustos Tovar, los barceloneses Francisco Marsá Gómez y Santiago Mollfulleda Buesa, el profesor murciano José Muñoz Garrigós y, más distante en el tiempo, el granadino Julio Fernández-Sevilla, joven discípulo de Llorente, que se malogró tempranamente. La muerte ha sido pródiga en los últimos años con los lingüistas, algunos de ellos maestros de maestros, pérdida que supone un duro golpe para la Lingüística española.

Conocí a Antonio Llorente a mediados de los años 40, cuando con Manuel Alvar, orientados por nuestro maestro Francisco Ynduráin, fui a Salamanca para cursar los estudios de Filología Románica, inexistentes en Zaragoza. Para entonces Antonio, si mal no recuerdo, estaba cumpliendo en Salamanca la terminación de su servicio militar como alférez de la Milicia Universitaria, obligación que procuraba compaginar en la Universidad como profesor auxiliar. No olvido su airoso paso marcial y cuerpo erguido por la calle de la Rúa como si detrás llevase a un pelotón de soldados. Año tras año se reunía gozo-

samente en distintas ciudades de León y de Castilla con compañeros de campamento de la Milicia para recordar aquellos veranos. Precisamente un grupo de la primera promoción de la Milicia Universitaria ha recogido en un cuadernillo fotocopias de algunos artículos publicados en la prensa de Salamanca y de Granada con motivo «del gran vacío que ha dejado nuestro querido amigo, y como sencillo y austero homenaje al que tanto aportó con su palabra y cariño a nuestro grupo». En su mayoría están escritos por colegas y discípulos de Antonio. Me referiré a algunos de ellos.

En 1950, cuando tenía veintiocho años de edad, gana por oposición la cátedra de Gramática General y Crítica Literaria de la Universidad de Granada. En ese mismo año, Carlos Clavería consigue la cátedra de Crítica Literaria de Oviedo, Emilio Alarcos la de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad ovetense y Manuel Muñoz Cortés la de Gramática Histórica de Murcia. Con todos ellos tuvo relaciones amistosas. Coincidió en Granada con nuestro amigo Manuel Alvar, quien en esa Universidad era catedrático de Gramática Histórica desde 1948. El feliz encuentro de ambos amigos iba a ser muy fructífero para la Lingüística, primordialmente en ese momento para la Dialectología andaluza, ya que ellos iban a realizar, con Gregorio Salvador, discípulo de ambos catedráticos, el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía* (ALEA), el primer atlas regional de España, fuente de numerosas tesis doctorales y estudios monográficos.

Precisamente el *Atlas* me llevó en el primer mes del verano de 1957 a Granada para colaborar en la preparación de la edición de los volúmenes. Más adelante, como yo residía en Sevilla, me encargué de solucionar los inevitables problemas que aparecían al tirar los mapas en la imprenta de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (del C.S.I.C.). El día de San Antonio de dicho año, onomástica de Llorente, me invitó con profesores de la Facultad a merendar en su casa. Todo el condumio fue muy abundante, pero no tanto como la exquisita sangría que lo acompañaba, ya que Charo, su esposa, la había hecho en una tinaja, y no había cristiano que acabase con la bebida. Tuvimos que ir durante los atardeceres —creo— de una semana para rematar tan inagotable y prodigioso refresco.

El último ejercicio de las antiguas oposiciones a cátedra de Universidad consistía en exponer por escrito uno de los temas, elegido mediante sorteo, entre otros que el tribunal había propuesto pocos

días antes del comienzo de los varios ejercicios. No existía normalmente bibliografía, ni tampoco tiempo, para preparar y memorizar el temido temario. Los opositores solían recurrir, en tan críticos momentos, a los amigos para que investigaran y escribieran sobre los temas designados. Recurrí para uno de ellos a Llorente y muy pronto me lo entregó: perfecto en todo, en el que mostraba su agudo sentido lingüístico y claridad expositiva.

Coincidí con Antonio en distintos lugares y ocasiones: congresos, tribunales de oposiciones a cátedras o adjuntías y de tesis doctorales, conferencias y reuniones previas para la realización de las encuestas del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR). Ambos éramos encuestadores junto a Manuel Alvar, promotor y director de la empresa. Los tres debíamos nuestra formación a los mismos profesores de la Universidad de Salamanca y siempre estuvimos de acuerdo en todo, sin ningún roce ni fisura. Antes de comenzar las encuestas, Antonio fue, con el dibujante y etnólogo Julio Alvar, a Jaca para llevarme cuestionarios y delimitar los valles y territorios navarros que cada uno encuestaría. Iban a comenzar en Pamplona las fiestas de San Fermín y a esa capital querían ir Antonio y Julio. Pensé que a descansar tras las fatigosas investigaciones en pueblos de Aragón y a asistir a alguna de las corridas de toros, a las que Llorente, como buen salmantino, era muy aficionado. Me equivoqué: semanas después, al pasar por Pamplona para efectuar mis encuestas, vi a mi condiscípulo Alfredo Floristán, catedrático de Geografía de la Universidad de Navarra y anteriormente colega de Antonio en la de Granada. Me contó que Llorente le había pedido que le proporcionara dos informantes, algo difícilísimo en plenos sanfermines, argumento refutado por Antonio, porque añadió que se los buscara entre personas que estuvieran de luto por reciente fallecimiento de algún familiar. Y Antonio encuestó Pamplona en plenas fiestas sanfermineras. Algo increíble, como también que, años más tarde, se juzgara una tesis doctoral, de cuyo tribunal fui vocal, en otros sanfermines. Dicen que en Sevilla todo es posible; y en Pamplona —añado— también.

En todos estos felices encuentros gocé con su amenísima conversación. Contertulio de saberes enciclopédicos, expuestos con mucha gracia, encandilaba al oyente cualquiera que fuera el tema, tanto de Toponimia, Dialectología o de toros, fútbol, vitivinicultura, jamón de pata negra, el cerdo ibérico o la variación del clima salmantino. Su discípulo y catedrático granadino José Andrés de Molina manifiesta:

«Animó durante toda su estancia en Granada tertulias reducidas, pero abiertas y cordiales. Las bodegas Muñoz, el Suizo, la Sabanilla..., sitios entrañables precisamente por su presencia, sitios que, cuando él se fue a su ciudad, ya no volvieron a ser iguales para nosotros (...). La ciencia se mezclaba con la anécdota, la lingüística con el fútbol, la crítica con la caza». Continuó en Salamanca con esas tertulias en el Casino y, especialmente, tomando vinos con sus alumnos y amigos en bares próximos a la Plaza Mayor. «¡Cuántas veces —atestigua Emiliano Fernández Vallina—, pendientes de su incansable y matizada charla, mientras cerraba un tanto sus ojos avizores como para resaltar solemnidad u obviar la timidez y al tiempo como para sublimar el tema que tocaba...!».

Pueden destacarse tres facetas en la personalidad de Llorente: su labor como investigador, como docente y su aspecto humano. En cuanto a la primera, es certera la calificación de su colega salmantino Eugenio de Bustos Tovar al considerar que era «riguroso, metódico, exacto, atento al detalle, esclarecedor». Y su obra, bien hecha, es «lección de laboriosidad». El profesor Emiliano Fernández Vallina anota que era «investigador de ciencia aquilatada, ya pionero en gramáticas novísimas, siempre exacto en sagacidad etimológica».

Lo mismo que les ocurrió a otros colegas de su generación, la Administración lo jubiló anticipadamente en 1987 «por preceptivo legal», sin esperar a los setenta años de edad y sin percibir una justa indemnización económica. Ante esta situación, la Universidad de Salamanca, para no perder a un catedrático tan prestigioso, lo nombró catedrático emérito. Años después, el Gobierno de la Nación deshizo tamaño entuerto docente con el que había castigado a la Universidad española, permitiendo que los profesores se pudieran jubilar, como antes, a los setenta años de edad.

En 1989 la Universidad de Salamanca, con el título *Philologica*, edita en dos volúmenes un homenaje que numerosos lingüistas ofrecimos al amigo. Allí aparecen los títulos de 157 publicaciones de Llorente, número considerablemente incrementado en estos últimos ocho años. Sus intereses investigadores son muy variados, y en ellos muestra siempre un fino sentido filológico al analizar las cuestiones. Su larga estancia de veintidós años en Granada y sus encuestas del ALEA le llevaron a conocer muy bien las hablas vivas de Andalucía, las cuales le inspiraron los estudios sobre fonética y fonología andaluzas, con precisiones sobre los fonemas /ʝ/ y /s/, la fijación de las

isoglosas occidentales de la oposición /j/ - /y/ y, en la Andalucía oriental, la oposición fonológica entre singular y plural con su distribución geográfica.

Para Aragón y Navarra interesa su comentario a las palabras pirenaicas de origen prerromano que había estudiado J. Hubschmid. Las encuestas del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* lo indujeron a interesarse por las hablas vivas de esas regiones. Al fin y al cabo, como declara Manuel Alvar en su contribución al homenaje de Antonio: «Los dialectólogos somos gentes que amamos las tierras de nuestro trabajo. Y los hombres. Hechuras solidarias que dan sentido a nuestro azacaneado vivir. Antonio Llorente es dialectólogo de campo. Quiere esto decir que ama a todos esos pueblos en los que nos hemos ido dejando pedazos de nuestras vidas; de nuestras almas también». A Llorente le debemos algunas precisiones acerca de la extendida tendencia aragonesa a articular la consonante palatal /y/ (de *hoyo, yema, yerno* o *Calatayud*) con timbre blando y suave, llegando a la vocalización o a oírse una semivocal o una semiconsonante, pronunciación menos frecuente en la provincia de Huesca. Sugerente es la explicación que da para el origen del fenómeno del pseudoleísmo o falso leísmo, bastante extendido en Aragón, del tipo *ya se les di, dáseles*, en vez de *ya se lo di, dáselo (a ellos, a ellas)*. Se preocupó también de estudiar las coincidencias léxicas entre las hablas del Valle del Ebro y las de Andalucía, y asimismo las correspondencias entre el léxico salmantino y el de Aragón, Navarra y La Rioja. Observó también que, según los datos del *Atlas*, Aragón discrepa de las regiones occidentales (Navarra, Vascongadas, Burgos, este de Palencia, Cantabria y oriente de León) en la ampliación de usos del condicional o futuro hipotético a costa del pretérito imperfecto de subjuntivo del tipo, entre otros, *Si tendría dinero lo compraría, Ojalá llovería*. Llorente retrotrae esta peculiaridad a siglos atrás.

Los mapas del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* le proporcionaron amplio material para comentar en un libro y en un artículo algunos aspectos del léxico canario.

Su preocupación por los dialectos se centró en su región natal —León— y muy primordialmente en el salmantino, al que dedicó abundantes trabajos desde 1947, año de la edición de su tesis doctoral sobre el habla de la Ribera del Duero; dentro de este apartado, se hallan varios estudios fundamentales: la conservación de arcaicas sibilantes sonoras, la aspiración, el habla de Salamanca y su provin-

cia, el salmantinismo del escritor Luis Maldonado (abuelo de Antonio), hablas vivas de las provincias limítrofes de Zamora y Ávila, más los copiosos estudios de toponimia, a la que dedicó monografías concernientes a topónimos españoles y conexiones entre toponimia e historia, siguiendo la tradición de trabajos onomásticos de la escuela de Menéndez Pidal, heredada de nuestro maestro salmantino Manuel García Blanco. «Ningún estudioso —apunta Ricardo Senabre— ha llegado tan lejos como Antonio Llorente en el conocimiento de la toponimia salmantina, y pocas provincias han tenido la fortuna de contar con un investigador tan bien pertrechado de saberes para iluminar el pasado de la comunidad a base de rastrear con tanta paciencia como sabiduría el origen de sus pueblos y sus lugares geográficos». Con razón comenta José Andrés de Molina: «Conocedor y amante de su tierra, supo conocer y amar a la que lo acogió, Granada, Andalucía. Era digno de admiración su conocimiento de nuestra orografía, de nuestras corrientes de agua, de nuestras costumbres. Siempre se confesó un geógrafo frustrado».

Atendiendo además a la titulación de su cátedra, dio a conocer las teorías de Gramática General de L. Hjelmslev, más precisiones sobre la división entre morfología y sintaxis, así como, entre otros títulos, una historia de la Lingüística. Con su discípulo José Mondéjar analizó la conjugación objetiva. Proporcionó abundantes luces sobre las construcciones de carácter impersonal, propuso algunas etimologías y escribió un libro, muy ameno, relativo al lenguaje estándar español. Prologó varios libros de lingüistas, algunos de ellos de sus discípulos.

Le somos deudores a su gran labor de traductor: del francés, el artículo, ya clásico, de J. Saroïhandy acerca de las huellas de fonética ibérica sobre territorio románico; del inglés, el libro de W. A. Reynolds *La espiritualidad de la conquista de Méjico*. Prestó especial predilección a las traducciones del alemán: aparte de los artículos de J. Hubschmid que figuran en la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, se encuentran la obra de K. Jaberg *Geografía lingüística* y la de N. B. Adams y J. E. Keller *Breve panorama de la Literatura española*, más varias reseñas de libros. Hay que destacar la gran labor que ha realizado en la *Revista de Filología Española* al reseñar, con abundante aparato crítico, año tras año desde 1958, los tomos de las revistas *Zeitschrift für Romanische Philologie* y *Romanische Forschungen*.

Como profesor son unánimes los elogios por la calidad de su docencia. Ya en el homenaje de 1989 escribía Eugenio de Bustos

sobre «la semilla viva de su más alta enseñanza que germina y fructifica». Son muchos sus discípulos —ha apuntado recientemente E. Fernández Vallina— que, pertrechados con las mejores herramientas, continúan sin fisuras su labor y su legado humano. Son sus antiguos alumnos los que han calibrado su enseñanza: «Un maestro de saber universitario, un profesor completo, un hombre de primera» (J. Gómez Asencio); «Era don Antonio, quizá, el último representante de esa gran filología española y salmantina en la que tanto tuvo que ver Menéndez Pidal (...). El último profesor de una escuela que nace para enseñar, como vocación de profesor y no como castigo o lamento de tener que ser algo en la vida (...). Además de buena persona e inmenso catedrático, don Antonio se distanciaba de otros profesores por ser tan campechano» (Aníbal Lozano); «Maestro no sólo de obra, sino ante todo maestro de vida y enseñanza (...). Lingüista excepcional en tantos aspectos y maestro ejemplar» (Mercedes de Sande).

No es posible recoger los numerosos juicios sobre la enseñanza de Antonio expresados por sus discípulos y amigos. Todos —Juan Francisco Blanco, Santiago Juanes o Francisco Rodríguez Pascual— coinciden en destacar su trayectoria ejemplar como maestro indiscutible y profundamente humano que ha creado escuela, profesor flexible y comprensivo.

José Andrés de Molina, tras destacar las clases que Antonio impartía, anota cómo «examinaba una y otra vez porque hacía repetir las preguntas mal respondidas, porque los alumnos teníamos la sensación de que no aprobar sus asignaturas era hacerle una faena a él. Pocos maestros habrán conocido de modo tan unánime el cariño, la admiración y el respeto de sus alumnos, discípulos o no».

Numerosas son las tesis doctorales y memorias de Licenciatura que ha dirigido. Sus amenas intervenciones en los actos de grado como componente de los tribunales eran memorables porque parecían lecciones magistrales.

En los últimos años colaboraba en la prensa salmantina con comentarios muy amenos sobre el buen decir o desgranando los nombres de lugares. No sé donde le leí que los profesores deberíamos estar agradecidos a los alumnos, porque eran ellos los que en los exámenes se suspendían a sí mismos y no nosotros, ya que decían: «He suspendido latín», en vez de «Me ha(n) suspendido».

No era muy amigo de dar conferencias. Juan Francisco Blanco indica: «Don Antonio sufría —o al menos eso nos parecía a algunos—

una incontinencia: su timidez ante los grandes auditorios». Julio Borego Niño recuerda la conferencia que precedió a su jubilación, plena de gracia e ingenio, sobre sus andanzas de dialectólogo. «Hubo que trabajar mucho —añade— para convencerlo de que la diera: —No, por favor. Me horrorizan las conferencias. —No es una conferencia, don Antonio, son las aventuras de cuando hacía encuestas. —Ah, entonces sí. Pocas veces he visto a un auditorio divertirse tanto».

Cuanto lo conocieron coinciden en encomiar los caracteres de su perfil humano. Su Departamento de Lengua Española de la Universidad de Salamanca «que le debe tanto» señalaba en la esquelita mortuoria insertada en la prensa: «Maestro noble, sabio, original y generoso». Y la del Centro de Estudios Salmantinos, del que era miembro: «Buena persona, sabio en su sencillez, enamorado de Salamanca».

Su colega en el palacio de Anaya Ricardo Senabre destaca sus raudales de nobleza y generosidad, y «era, además, representante de una especie en peligro de extinción: la de los seres honrados, incorruptibles y bondadosos. Se mezclaban en él con naturalidad la modestia del sabio auténtico y la bondad del santo».

Al transitar por la calle del Sol Oriente, en la que vivía don Antonio, el 15 de septiembre de 1998 a Luis Santos le inspira este poema en diez endecasílabos, «dirigido al entrañable don Antonio Llorente Maldonado, hombre sencillo, honrado, generoso y extraordinariamente sabio»:

A la mitad del primer mes siguiente,
en tarde lenta de mitad de estío,
por la calle fugaz del Sol Oriente
paré un momento en tu portal vacío,
y me puse a querer llorar, Llorente,
maestro caudaloso, como el río,
de mente fina y de mirada clara,
prototipo real, con nombre y cara,
San Antonio Llorente, amigo mío,
Llorente Maldonado de Guevara.

Su alumna Mercedes Sande perfila con devoción —y verdad— la semblanza de Antonio: «Excepcional en tantos aspectos y maestro ejemplar, ese hombre sencillo y entrañable, amigo de la paz, cumpli-

dor, conversador, afable, campechano, cortés, demasiado modesto, un poco pusilánime, castellano leal (...). No sabía de trepismos, ni de ardidés y componendas para fastidiar al vecino. Algunos creen que su honestidad personal y su falta de arribismo le impidieron ocupar un sillón (...). Le gustaba la caza, charlar con los amigos, departir con los hombres del campo salmantino, que tan bien conocía y tanto investigó y ayudó a investigar».

Poco amigo de recibir honores, aunque la Real Academia Española lo nombró académico correspondiente, José Andrés de Molina insiste en que tenía «una auténtica modestia, un verdadero despego por los honores». Pese a que sus apellidos —resalta Juan Francisco Blanco— ocupan páginas memorables en la historia y cultura de Salamanca, su modestia y humildad le impedían alardear de que era nieto del rector salmantino Luis Maldonado, autor de un poema que mereció la atención de Unamuno y lo estudió Antonio. Tampoco presumía de ser sobrino del catedrático de Literatura don Francisco Maldonado de Guevara, cuyas clases ejemplares nunca olvidaremos sus alumnos; sólo cuando don Francisco falleció, escribió un emotivo artículo. Tardé bastante tiempo en relacionar a Antonio con su antepasado del siglo XVI Francisco Maldonado, uno de los jefes de las Comunidades de Castilla, ajusticiado en Villalar. A pesar de que, en mis escapadas a Salamanca, me gustaba callejear con él (su gabardina siempre al hombro) y, aunque pasábamos por edificios que mostraban el escudo de los Maldonado con las cinco flores de lis, nunca se jactó de su ascendencia. Al faltar él, para mí Salamanca será menos Salamanca porque notaré su ausencia en el palacio de Anaya, en la calle de la Rúa, en la Plaza Mayor, en tantos sitios donde tomábamos unos vinos... Con su desaparición, todos sus numerosos amigos somos —como ha escrito Senabre— algo más pobres y menos felices. Y nadie, según el verso garcilasiano, nos podrá quitar nuestro dolorido sentir.